

# Ocho maneras de decir familia

por Anna Ortiz

Los tiempos cambian y también los nombres y los formatos de convivencia. Pero lo que une a los adultos y a los niños que conviven y comparten el deseo de crecer juntos sigue llamándose familia. Tras conversar con ellos, os presentamos ocho retratos de diversidad familiar.



Regino Hillera

## Un buen equipo

«Una familia es donde hay padres y madres, hay hijos y hacemos cosas juntos», nos ha dicho Clara, que tiene 5 años. Están Bruno y Anna, María (8), Clara (5) y Xavier (3). Y, juntos, hacen muchas cosas.

Me cuentan que las necesidades de los hijos son dispares. «Estamos más marcados por María, porque abre camino y todo es nuevo... En cambio, con Xavier pasamos por lugares conocidos...» dice Anna.

En su ciudad buscan los parques, las librerías que ofrecen sesiones de cuentos, o alguna actividad popular de barrio. ¿Es fácil desplazarse por la ciudad? «Nosotros vamos en bicicleta a menudo, todos juntos... pero, en cambio, cuando vamos por el barrio, ¡a mí me desespera que el ruido no me deje oír lo que dice mi hijo!», comenta Bruno.

En su día a día no hay familiares muy cercanos. La red cotidiana la forman los amigos que también tienen hijos. «Es una relación de ida y vuelta. ¡Y estos amigos también son la familia!».

La entrevista se traslada a la cocina, donde preparan, a cuatro manos, los bocadillos de la merienda.

Hablando del futuro de los niños, Anna me dice: «Me preocupa el entorno que encontrarán, pero el mundo entero no lo cambiaremos; sólo podemos darles las herramientas emocionales para que puedan vivir en él en mejores condiciones. Y, por esto, ¡es necesario el apoyo a las familias!».

Y, ¿qué es la familia para Bruno y para Anna? «Pues, la familia es lo que me sostiene, y donde te quieren sólo por ser tú. Donde, pase lo que pase, no corres peligro: se te quiere».



incondicionalmente», dice Bruno. «Sí, es lo que te fortalece para, después, salir al exterior», añade Anna.

Pienso en este núcleo de cinco: ya son una familia numerosa. Y, en la práctica, ¿qué recursos, lugares o entidades acostumbráis a...? Pero, antes de acabar la pregunta, Bruno le da la vuelta: «¿Recursos, dices? El mejor recurso es una buena relación de pareja. ¡Esto es un equipo de dos!».

## Cuando el vínculo permanece

Gilbert y Eva son una pareja separada, pero viéndolos con sus hijas se percibe una estructura afectiva casi intacta: hay una dimensión de familia que ha sobrevivido a la separación, bajo nueva forma y con nuevo sentido.

Júlia (6) y Laia (5) fueron deseadas y llegaron seguidas. Luego los caminos se separaron antes que las personas; con la decisión tomada, todavía convivieron un tiempo, hasta organizarse en casas diferentes, el pasado mes de junio.

«A mí me preocupaba la adaptación de las niñas», dice Eva, «y, también, como estaría Gilbert». «Pues a mí la economía» dice Gilbert, «porque ellas tienen las necesidades cubiertas, los abuelos al lado...».

Todos viven cerca y mantienen una comunicación fluida. «El padre es insustituible», explica Eva. Él añade: «Y con las niñas hacemos las cosas diferentes, pero nos respetamos, y lo hablamos mucho».

«¡Yo creía que entrevistaba a una pareja separada!», les digo. «Es que nosotros dos estamos mejor, y ellas también.» Y, en concreto, ¿cuáles son los acuerdos tomados tras la separación? «Firmamos un documento de custodia compartida. Ninguno de los dos lo exigió, pero no molesta tenerlo firmado», explica Gilbert. Él trabaja con un horario variable: una semana al mes libra, y las niñas viven con él.

Eva explica que hacen cosas juntos, los cuatro. «Comemos algunos días, y por los cumpleaños... No sé si es bueno, pero si tú haces lo que sientes, es honesto y eso es lo que las niñas reciben.»

Gilbert ve a sus hijas estables y contentas. Eva vive más las movidas internas: «explosiones emocionales, estados de agitación...», quizás más por la aparición de las nuevas parejas, que no por la separación en sí».

Los dos hacen un balance positivo de este tiempo. «Va mejor de lo que esperábamos», nos cuenta Gilbert. ¿Y qué les diríais a los amigos que se separan? «A mí», dice Eva, «me costó reconocer que, pese a no querer compartir nuestra vida, había amor. Cuando lo acepté, todo fue mejor». «Les diría que mantengan una buena comunicación», aconseja Gilbert y añade: «Es fundamental».

Y este grupo... ¿Es una familia? ¿Una ex familia? ¿Una doble familia?

«La familia somos las niñas y yo», dice él. «Después están los abuelos, y Eva. La familia es un lugar en el que sentirnos seguros.» «Pues mi familia», dice ella, «son las niñas y Gilbert, como padre y como compañero mío también, aunque no viva aquí. La familia es un lugar donde vivir y crecer... ¡Tenga la forma que tenga!».

## Madre e hijo

Anna y Héctor son un núcleo familiar compacto: forman una familia monoparental. «Ay, esto de monoparental...», dice Anna sólo empezar. «Una mujer puede ser madre sola por decisión propia o porque se lo encuentra; son dos situaciones completamente diferentes.» Ella se lo encontró.

Vivía en Inglaterra, con pareja estable, cuando llegó el embarazo. Decidieron aceptarlo pero, al pasar los días, su compañero parecía preocupado, bloqueado. Antes de cumplir Héctor los dos meses, se marchó. «Yo no sabía qué pasaba», comenta Anna, «y vivía dentro de una especie de burbuja, volcada en el bebé. Acabé aceptando que él no volvería».

Se quedó con Héctor en casa de sus padres. «Me preocupaba pensar que él no tendría padre y cómo podría suplir esta carencia. Me sentía sola.»

Durante los 3 primeros años, Anna se hizo muchas preguntas, y se sobrepuso a la autocompasión. «¿Cómo? Con apoyo familiar, pasando el tiempo de luto, y haciendo terapia para revisar qué había pasado y reubicarme.»

Ahora Héctor tiene 5 años y va a la escuela municipal. La ayuda de las



administraciones se limita a la beca del comedor: como lleva los apellidos del padre, no son considerados familia monoparental. «Mira», dice con cansancio, «antes estaba muy enfadada con la administración; quería un reconocimiento de mi situación. Ahora ya no me importa; sé que saldremos adelante». Y se le dibuja una gran sonrisa cuando nos cuenta que pronto podrán irse a vivir a un piso de alquiler.

Héctor ha pactado con su madre no interrumpirnos durante la conversación, y hace de pirata a nuestro lado. «¿El núcleo familiar? Somos Héctor y yo; después mis padres y mis hermanos..., pero en el día a día, la familia somos nosotros dos.»

Y el pirata del pañuelo rojo, parece que lo confirme envolviéndola con un abrazo.

### Un mundo en pequeño

«La familia es como un mundo en pequeño», dice Eulàlia. Y su casa, ciertamente, lo es. Ella y Ton tienen cinco hijos: Andreu (15), Maria (13), Mercè (11), Joan (7) y Pau (2). Todos fueron deseados y, Pau, el último, con una campaña previa por parte de sus hermanos.

Su microcosmos es una mezcla de espacios con varios usos, y un equilibrio constante en las zonas comunes. La organización consta de dos compras semanales, un gráfico en la nevera con el reparto de trabajos, y una

opción general por arraigar en el barrio: la escuela, el ocio, los servicios y las relaciones se viven en la cercanía. «Queremos que crezcan en su entorno», dice Ton. La red cotidiana son los canguros, los padres de la escuela, o los compañeros que pasan y suben a casa sin avisar: ¡niños atraen niños!

Unos tiran y abren camino, y los otros se adaptan; pero ahora que los mayores hacen demandas más propias, nos dividimos para hacer cosas distintas. «Antes lo vivía fatal», cuenta Eulàlia, «pero la familia es cambiante, y mientras mantengamos espacios compartidos, como las cenas, todo lo de fuera vuelve adentro y nos enriquece».

Ton trabaja en el Síndic de Greuges de Cataluña, y Eulàlia es docente de formación para adultos, a media jornada. «Sólo trabajo por las mañanas; creía que sería mientras fueran pequeños, pero ahora que son mayores, también me necesitan. Hay que estar cada día.» Cuando alguno está enfermo y fallan los canguros habituales, «entonces, ¡pinchamos!», dice Ton, y uno de los dos falta al trabajo. Ser siete en casa no supone ser ricos, pues optan por una cierta austeridad que, traducida por los hijos, exige «¡hacer una asamblea antes de decidir comprar cualquier cosa un poco grande!». Andreu, quejándose de la restricción de la play, la tele, el móvil y el ordenador, solía decir «¡es que somos tan raritos...!».

Pero últimamente dice que son muy «originales».

Para la administración, con el quinto hijo se pasa de familia «numerosa» a «especial». Realmente es un nombre que les va como anillo al dedo. «Ah, ponlo, que esto también nos identifica», dice Ton, cuando Mercè hace una incursión a la cocina, «¿ves? en esta casa, ¡la nevera siempre está abierta!».

### Ellas también existen

El año 2005 es importante en sus vidas: en junio, se aprobaba la Ley española de matrimonios homosexuales; en marzo, se aprobó en Cataluña la Ley de coadopción de niños para parejas lesbianas y gays. «Pero nuestras tres adopciones son de antes de la ley», me explica Elisabet, «así que fueron tramitadas por una de nosotras sola, escondiendo que era un proyecto de pareja».

Elisabet y Dolors son pareja desde 1985. «Siempre habíamos querido ser madres, pero se nos hacía creer que, siendo lesbianas, debíamos renunciar.» Tras diez años de pareja no oficial, volvieron a plantearse la maternidad.

«Porque, ¿quién nos agradecerá nuestra renuncia? ¡Nadie!» Entonces, salieron a la luz como pareja y, a su vez, iniciaron en paralelo los procesos de inseminación. Llegó primero la adopción: Miquel, con 2 años, «fue una felicidad inmensa». Vivían dentro de una burbuja. «Tanto», dice riendo, «que nuestros hermanos se quejaban ¡porque ya no hacíamos de tías!». Dos años después, fueron a buscar a Marlèn, todavía con el formato de madre-con-amiga-cuñada-hermana-que-le-ayuda. Cuando se propusieron tener el tercero, ya les hicieron los informes juntas pero, nuevamente, la adopción fue tramitada por una de ellas sola.

Hoy, Miquel tiene 12 años, Marlèn 9 y Josep 4. Las dos madres trabajan con jornada reducida y comparten la



Regino Hillera

